

La entrada de Cristo a Jerusalén, alegría y pasión

Domingo de Ramos
19 de marzo de 1978

Isaías 50, 4-7
Filipenses 2, 6-11
Mateo 26, 14-27, 66

Hace veinte siglos, Jerusalén fue signo de todos los pueblos del mundo. La Iglesia recoge ese signo. Y así como Jerusalén vivió aquel Domingo de Ramos bajo la luz de su esperanza, sus realidades de entonces, ahora cada ciudad, cada nación, cada pueblo; este domingo encarna esa esperanza que Cristo trae en las propias realidades nacionales, en las propias realidades de nuestra vida. Esto es lo que se llama el sentido litúrgico de las celebraciones. La liturgia no es recuerdo. Aquí no estamos solamente recordando que hace veinte siglos Cristo entró a Jerusalén. La liturgia es presencia, es signo de realidades. La realidad es que hoy, este día 19 de marzo de 1978, entre este panorama de palmas de la catedral de San Salvador, Cristo está entrando aquí a nuestras realidades salvadoreñas; y donde quiera que se está celebrando el Domingo de Ramos —y yo sé que a través de la radio lo estamos celebrando en diversas poblaciones, caseríos y cantones—, allí está Cristo entrando como hace veinte siglos a Jerusalén, en la realidad de esta presencia de la liturgia de nuestra Iglesia.

Por eso, hermanos, yo les invito, desde este solemne pórtico de la Semana Santa, a vivir esta Semana Santa no como un recuerdo del pasado, sino a vivirla con la esperanza, con la angustia, con los proyectos, con los fracasos de nuestro mundo de

hoy, de nuestra patria de hoy, para que Cristo nos cobije, así como hace veinte siglos a Jerusalén y al mundo entero que había de vivir de su redención.

Para vivir este día, recordemos los dos aspectos de la ceremonia. La primera parte, triunfal: Cristo entra a Jerusalén y un pueblo sale a su encuentro entre *hosannas* y alegrías. Pero al entrar a la catedral, como si Cristo entrara a Jerusalén, el ambiente se ensombrece y todo se torna de pasión; y acaban de escuchar, en la voz de tres seminaristas, casi dramatizar, aquí ante nosotros, la lectura de la pasión de Cristo según San Mateo.

Yo quisiera preguntar, hermanos, a la luz de esta celebración y para vivir plenamente nuestra Semana Santa, estas tres preguntas que debían de estar flotando en la conciencia de todo cristiano reflexivo de esta Semana Santa de 1978. Primera pregunta: ¿qué encuentra Cristo cuando entra a Jerusalén y qué encuentra Cristo ahora aquí? Segunda pregunta: ¿quién es el que entra a Jerusalén, y el que va a cargar con esa cruz y el que va a morir entre ignominias tan espantosas? Y tercera pregunta: ¿qué compromiso supone para nosotros, su pueblo, esa fe en ese Cristo que vive redimiendo todavía a nuestra patria y a todo el mundo?

¿Qué encuentra Cristo cuando entra a Jerusalén y qué encuentra Cristo ahora aquí?

A la primera pregunta, ¿qué encontró Cristo cuando entró a Jerusalén?, encontró visiblemente un pueblo bueno, unos niños, una juventud, una muchedumbre de peregrinos que salieron a su encuentro. Lo acabamos de representar al vivo. Ustedes son esa muchedumbre buena, ese pueblo sencillo, esas almas que acogen con esperanza a Cristo. Es el “resto” de Israel. Las promesas desembocaban, entonces, en ese pequeño pueblo que salió a recibirla; las promesas hechas a Abraham, a Moisés, a David; toda la veta del Antiguo Testamento viene a aflorar en este Domingo de Ramos. El pueblo, que había recibido promesas de un Redentor, siente que ha llegado ese Redentor y le sale al encuentro. Hay un momento de luminosa fe, es el pueblo que acoge a Jesús. Yo veo en ustedes, querido pueblo que ha acudido a esta ceremonia y está rodeando los altares de todos nuestros templos en la patria, el pueblo que espera de Cristo y sale feliz y sencillo a su encuentro. Dios no lo puede defraudar.

Pero lamentablemente, Cristo encuentra debajo de este pueblo que se alegra, el pecado. Él viene a quitar el pecado del mundo. Él viene a enfrentarse con esa fuerza de infierno. Él va a sentir ya en su propia carne el latigazo del demonio, del pecado, por meterse a redentor. Y así encuentra un templo convertido en mercado: quitad de aquí todo esto —dice Cristo—, “mi casa es casa de oración y vosotros la habéis hecho cueva de ladrones”; encuentra Cristo unas autoridades que tergiversan su mensaje; encuentra una clase dirigente que ha torcido los destinos de ese pueblo y que lo puede orientar de este *hosanna* del Domingo de Ramos a una petición de condena el Viernes Santo.

Mt 21, 13

Mt 27, 20

¡Ah, lo que son los dirigentes de los pueblos! Si son buenos y competentes orientan al pueblo hacia el encuentro de Cristo, redentor de los pueblos; pero si son ineptos y si llevan el pecado, la ambición, el egoísmo, seducen al pueblo hacia la perdición. Así sucede que Cristo encuentra maquinaciones hipócritas para perderlo; encuentra envidias que le dicen: ¿que no miras lo que gritan esos muchachos? Cállalos, que haya orden. Y Cristo les dice: si ellos callaran, las piedras hablarán; a ustedes lo que les pasa es que tienen envidia, pero si ustedes y los hombres no quieren aclamarle, las piedras mismas me aclamarían; soy Dios que vengo a redimir al mundo y no tengo que encontrar oposiciones. ¿Qué encuentra Cristo? Una tremenda injusticia social, un pueblo del cual Él ha dicho: me da lástima esta muchedumbre porque anda como ovejas sin pastor. Esto encuentra Cristo en Jerusalén.

Lc 19, 39-40

Mt 9, 36

Y trasladando el paisaje, porque la liturgia no es recuerdo sino vivencia, ¿qué encuentra Cristo este Domingo de Ramos de 1978, aquí, entre nosotros? También, hermanos, un pueblo bueno. Yo estoy feliz de este pueblo que ha salido hoy con palmas y alegría a cantarle *hosannas* al Redentor. Yo siento la pureza de tantos niños, de tantos jóvenes, de tanta gente consagrada al Señor en la piedad sencilla, orando, pidiendo misericordia. Yo siento la presencia de un pueblo verdaderamente “resto” de fe y esperanza. Acrezcamos ese pueblo, hermanos, el pueblo que ha salido hoy al encuentro del Señor.

Pero lamentablemente, así como en Jerusalén, encuentro detrás de esta muchedumbre que llena de alegría el corazón de Cristo, encuentro también el pecado, el pecado en sus formas horripilantes, que van a matar también a Cristo en esta Semana

Santa, lo están matando. Es la Semana Santa de un tiempo en El Salvador que da lástima. Yo no sé cuántas cosas pudieran sacarse de los antros y de las tinieblas para presentarlas a Cristo, a sus divinas reprensiones y llamamientos de conversión. Pero yo encuentro, como lo hago de costumbre los domingos¹, estas tres cosas en estos próximos días:

Una semana post-electoral² de frustración. Es un pueblo que no tiene ya ilusiones en una apertura democrática para expresar lo que él quiere en política. Yo tengo el testimonio de una urna donde dice que solo se acercaron a votar el 46% de los que estaban en la lista; y ese 46%, al revisar los votos, aparece un 52% de votos nulos, votos que en vez de expresar la voluntad, expresan su represión, expresan su insulto, expresan su ofensa o simplemente se abstienen. Pecado de abstencionismo es lo que encuentra Cristo en este Domingo de Ramos. Cuántos valores que se podrían aprovechar para el bien común del pueblo no se pueden aprovechar. El derecho, que es uno de los signos de los tiempos, a participar en la construcción de la propia patria se siente frustrado; es un derecho que se ha conculado una vez más. He aquí, pues que el Señor encuentra este pecado. El pecado de una democracia despedazada, reprimida, de unos hombres que no pueden expresar su voluntad que quisieran expresar para el bien común.

¿Qué otra cosa encuentro en esta Semana Santa? Una semana sangrienta. Dos retenes matan a dos personas: allá en Planes, José Estanislao Recinos cuyo cadáver se niega a su esposa; cerca del cine Apolo, una señorita. En el departamento de Chalatenango aparece matado, después de haber sido capturado, el mayordomo de la ermita de El Conacaste, Otmaro Guardado; era

¹ En esta ocasión, monseñor Romero incluye los “hechos de la semana”, como parte del primer pensamiento de su homilía.

² En las elecciones legislativas y municipales del 12 de marzo de 1978, en las que solo compitieron el Partido de Conciliación Nacional (PCN) y el Partido Popular Salvadoreño (PPS), hubo un “fuerte abstencionismo”. El Partido Demócrata Cristiano (PDC), el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y la Unión Democrática Nacionalista (UDN), que en anteriores elecciones habían conformado la Unión Nacional Opositora (UNO), después del fraude en las elecciones presidenciales del 20 de febrero de 1977, decidieron no participar en este proceso electoral. Cf: *La Prensa Gráfica*, 13 de marzo de 1978 y Héctor Dada Hirezi, “Las elecciones de marzo en El Salvador”, ECA 354 (1978), pp. 248-249.

un hombre bueno. Y en la capital, hace apenas tres días, se disuelve a fuerza de armas una manifestación de campesinos que acudía a la promesa de dialogar en el Banco de Fomento Agropecuario sobre rebaja de precios de arrendamiento de tierras, abonos, insecticidas³. Porque nuestra gente tiene hambre, necesita tierra para trabajar, necesita con quién dialogar para encontrar una solución a sus problemas. Muertos y heridos es el saldo de ese anhelo. Entre los muertos, un niño de la Escuela Rodezno, un oficial de la policía; entre los heridos, mucha gente que iba simplemente de transeúnte. Hermanos, esto es lo que encuentra Cristo en esta Semana Santa.

Y finalmente, encuentra Cristo un tercer aspecto: arbitriedades, injusticias. Al campesino Leonardo Muñoz Pacheco, se le acusa de haber incendiado la alcaldía de El Paisnal⁴ y no se dan cuenta que un día antes lo han capturado. ¿Cómo iba a estar en el incendio? Y junto con él se acusa a otros campesinos, los cuales se publican sus declaraciones, sacadas a la fuerza sin duda, y que luego sus declaraciones ante la Cámara⁵, donde deben declarar ya libremente, niegan haber sido cómplices; eso no se publica y quedan manchados esos nombres con una mala fama. No importa cometer injusticias, manchar prestigios, el honor de los hombres. ¡Oh, Jesús, esto es lo que encuentras en la Semana Santa!

Funebunda Peña Bonilla, madre de cuatro hijos, y los obreros Jesús Estrada Díaz y Fermín Domínguez aparecen en declaraciones extrajudiciales como fabricantes de explosivos⁶ y no se publica que niegan esos cargos cuando declaran ante la Cámara. Campesinos de San Vicente guardan prisión desde hace tres meses y no se tiene en cuenta los documentos del Ministerio de Agricultura y un depósito de seis mil colones en el Banco de Fomento Agropecuario que los favorece. ¡Qué poco importa la suerte del pobre, del campesino, cuando están otros intereses más valiosos y más respetables!

³ Unas semanas después, el arzobispado de San Salvador publicó un informe sobre estos graves hechos. *Cfr. "Solidaridad", Orientación*, 2 de abril de 1978.

⁴ *Cfr. La Prensa Gráfica*, 15 de marzo de 1978.

⁵ Cámara Primera de lo Penal.

⁶ *Cfr. La Prensa Gráfica*, 13 de marzo de 1978.

Hermanos, ante estos acontecimientos, la Semana Santa, voz de Dios, voz de un Cristo que viene a redimir, nos dice que es necesario no acallar la voz, el reclamo justo. A mí me da miedo, hermanos, cuando leyes represivas o actitudes violentas están quitando el escape legítimo de un pueblo que necesita manifestarse. Si se quitan estas como válvulas de escape... ¿Qué sucede con la caldera que está hirviendo y no tiene válvulas de escape? Puede estallar. Todavía es tiempo, es tiempo de dar a la voz de nuestra gente la manifestación que ellos desean, con tal de que haya al mismo tiempo la justicia que regula; porque naturalmente, hermanos, cuando defendemos estas justas aspiraciones, no estamos parcializándonos con reclamos terroristas. La Iglesia no está de acuerdo con la violencia de ninguna forma, ni la que brota como fruto de la represión ni la que reprime en formas tan bárbaras. Simplemente llama a entenderse, a dialogar, a la justicia, al amor. Estas son las fuerzas de la Iglesia. Y por eso, desde el amor, desde la justicia, pedimos, hermanos, oraciones y comprensión para los muertos de estas circunstancias, para los heridos, para los golpeados, para las víctimas de tantos atropellos. Pedimos respeto a la vida de los heridos y de los prisioneros. Respeto a sus vidas, que se lleven a los tribunales bajo leyes justas y se aplique ciertamente la justicia, pero no el atropello ni la grosería. Y que se haga un ambiente donde se pueda manifestar la voluntad justa de los hombres.

Acabo de estar en Costa Rica. También allá acaban de pasar las elecciones. Todavía ondean sobre los techos banderas de diversos colores y oigo la alegría de un pueblo que ha sabido discutir a sus candidatos, sus partidos; que ha ido a dar su voto con plena libertad y que está satisfecho de la voluntad mayoritaria, y que todos están dispuestos al trabajo del bien común. ¡Qué hermosa es una democracia auténtica, un sentido de justicia, de respeto a la expresión del pueblo!

Esto es lo que Cristo encuentra, hermanos; porque el Domingo de Ramos, la lectura de la pasión, nuestras procesiones de Semana Santa no quieren ser alienación, no quieren ser opio; quieren ser el fermento del Evangelio, la presencia de un Cristo que entra fustigando el pecado aunque le va a costar dentro de pocos días la muerte en una cruz. Muere por meterse a redentor, muere por la justicia, muere amando, pero en Él encontramos la esperanza de nuestros pueblos.

¿Quién es el que entra a Jerusalén y el que va a cargar con esa cruz y el que a morir entre ignominias tan espantosas?

Y este es mi segundo pensamiento: ¿quién es el que hoy entra a Jerusalén? El que hoy entra a Jerusalén lo describen las lecturas de hoy. La primera lectura del profeta Isaías nos presenta un pueblo casi desesperanzado, un pueblo abatido. Y Dios suscita un misterioso siervo al que le dice: escucha mis palabras, tú vas a ser el representante de todos los crímenes, sobre ti va a descargarse mi justicia divina; pero tú vas a aprender en tu sufrimiento a consolar, a dar liberación, a orientar a los pueblos. Y este siervo de Yahvé, que los comentarios de la Biblia no aciertan a decir con seguridad quién es, ciertamente puede ser el pueblo, pero puede ser Cristo; y más, Cristo pero no un Cristo sin su pueblo. Este misterio, que en la Biblia se conoce como personalidad comunitaria, es decir, un hombre que encarna una personalidad y una personalidad que se difunde en un conglomerado; un Cristo que se ha hecho solidario de todos nosotros y nosotros que sentimos que la suerte de Cristo es nuestra suerte. Sentimos en el Cristo de la Semana Santa con su cruz a cuestas, que es el pueblo que va cargando también su cruz. Sentimos en el Cristo de los brazos abiertos y crucificados, al pueblo crucificado pero que desde Cristo, un pueblo que crucificado y humillado encuentra su esperanza: te he enseñado a dar palabras de consuelo, has aprendido en el dolor a consolar a los demás.

Queridos hermanos, este llamamiento de la Semana Santa, del Domingo de Ramos, no es para predicarles un conformismo; es para decirles: dénle a su sentido de tribulación un sentido de pobreza divina; dénle a su sufrimiento un sentido de redención; acepten la cruz, abrácenla como Cristo; no pasivistas pero sí con amor que construye una civilización de libertad y de amor, que aunque no la veamos aquí como el siervo de Yahvé, la alcanzaremos aunque sea a través de la muerte como Cristo. No importa la muerte cuando detrás de la muerte está el clima de libertad, de amor, de igualdad, de felicidad. Caminamos entonces hacia ese clima que el Redentor nos ofrece.

Y más elociente, la segunda lectura, la de San Pablo. Es un himno a la encarnación, es un himno del Dios que renuncia a su categoría de Dios, deja la felicidad de su cielo y se viene a hacer hombre, hombre que no anda mencionando sus prerrogativas de

Is 50, 5-7

Flp 2, 7 Dios, “hombre cualquiera” —dice la Biblia hoy—, un hombre cualquiera. Un hombre cualquiera que es amarrado por la autoridad de su tiempo, llevado a los tribunales, ajusticiado. Se me ocurre pensar cuando Isaías dice, cuando San Pablo dice: “un hombre cualquiera”, esas figuras que ya estamos acostumbrados a ir viendo en nuestros periódicos: el campesino desposado⁷, el campesino torturado, el obrero a quien no se le reconocen sus derechos, un hombre cualquiera, así se quiso hacer Cristo.

Más todavía, humillado hasta una muerte que se prohibía a los romanos porque eran libres, pero que bien se imponía a los pueblos esclavizados. Roma crucificaba pero no a sus romanos, Roma crucificaba a los pueblos que dependían de su imperio; y como Palestina dependía de Roma —Pilatos era el representante de Roma en aquel pueblo oprimido—, Cristo tiene que ser humillado como un ser que no merece ni siquiera ciudadanía: muerto, humillado. Hasta allá lo llevó la encarnación, pero desde allí comienza a levantarse su exaltación. Y en la lectura de hoy hemos escuchado: “Por eso Dios le dio un Nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el abismo, y todos proclamen: ¡Cristo es el Señor!”. Esta es la gloria de nuestro Redentor. Cuando en estas jornadas de Semana Santa lo miremos humillado bajo el peso de la cruz, no lo olvidemos, digamos desde el fondo nuestra fe: aunque se parece a mí, que va sufriendo, es el Señor; y aunque yo me parezco a Él llevando la cruz, participaré de su gloria. Él no ha pasado solo el túnel doloroso de la tortura y de la muerte, con Él va pasando todo un pueblo y resucitaremos con Él. Y hemos leído la pasión, el relato más tremendo de un hombre que ha sufrido. Como Cristo no hay otro.

¿Qué compromiso supone para nosotros, su pueblo, esa fe en ese Cristo que vive redimiendo todavía a nuestra patria y a todo el mundo?

Y finalmente queridos hermanos, a este Cristo responde, de nuestra parte, un pueblo lleno de esperanza. ¡Qué espectáculo, hermanos! Miren esas palmas. La palma es el signo de la victoria. La palma es el signo del martirio pero de un martirio que, después del tormento, es gloria. Por eso, el Domingo de Ramos es

⁷ En lugar de desposado debe leerse esposado.

un signo bellísimo en todos los pueblos. Con sus palmas, con sus ramos, con sus flores, el pueblo le está diciendo a Cristo que está dispuesto a ir con Él al martirio y que con Él cree que ha de vencer la victoria de la fe. Esta es la victoria que vence al mundo: vuestra fe, vuestra esperanza; no el odio, no el terror, no las armas, no la represión, no la violencia. Eso no compone nada. Lo que compone es esa fe de ustedes, hermanos, la fe de la procesión del Domingo de Ramos, desfile pacífico con palmas en las manos, con una gran esperanza en el corazón, con un gran amor en el alma. Este es el caminar del pueblo de Dios.

La Semana Santa es un llamamiento para seguir las austeridades de Cristo, la única violencia legítima, la que se hace a sí mismo Cristo y nos invita a que hagamos a nosotros mismos: el que quiera venir en pos de mí, niégrese a sí mismo; violéntese a sí mismo, reprema en él los brotes de orgullo; mate en su alma los brotes de avaricias, de codicias, de soberbias, de orgullo; mate en su corazón; eso es lo que hay que matar, esa es la violencia que hay que hacer para que allí surja el hombre nuevo, el único que puede construir una civilización nueva, una civilización de amor.

Mt 16, 24

Por eso, queridos hermanos, quiero avisarles, para esta Semana Santa, que participemos enteramente allá en sus pueblos, en sus cantones. Me alegra mucho que esta Semana Santa se va a celebrar no solo donde hay sacerdote, sino también donde hay comunidades de religiosas; y muchas de las comunidades de San Salvador se han desplazado también a los pueblos; y también donde hay seglares, catequistas, que se han preparado, con las lecturas apropiadas, a organizar la Semana Santa de todos los cantones y caseríos. Si esta voz está llegando a esos cantones y caseríos, les invito, hermanos, a que participen porque la Semana Santa es como un bautismo del pueblo, un bautismo en el que Cristo nos invita a incorporarnos a su pasión y a su resurrección.

¡Cuántos hombres nuevos saldrán de esta Semana Santa! Pero no se contenten con ir solo a las procesiones. Yo sé que para muchos la Semana Santa solo consiste en la procesión del silencio, en la procesión del Santo Entierro; pero cuando me cuentan que en esa procesión del silencio van borrachos, va gente abusando de la situación sagrada, cometiendo el pecado, el desorden; o cuando vienen a la procesión del Santo Entierro gente que está en paseos y vuelve, después del Santo Entierro, a seguir sus bacanales allá donde estaba, me da tristeza esa Semana

Santa. Me parece que se acercan como los judíos a profanar, a escupir al Señor. La Semana Santa que yo quiero, hermanos, es esta que les acabo de describir, la que violenta en su propia vida el vicio, el desorden; la que va a resucitar con Cristo en la alegría de la noche del Sábado Santo.

Dos actos principales son los que yo quiero subrayar: primero, el Jueves Santo a las 9:00 de la mañana, aquí en catedral, es la única misa. El Jueves Santo en la mañana no hay misa en ninguna parte; serán por la tarde en todos los templos, la institución de la eucaristía; pero el Jueves Santo en la mañana, solo en las catedrales, el obispo con todos sus sacerdotes bendice los aceites sagrados que van a servir para los sacramentos y los sacerdotes renovamos nuestro compromiso de servicio al pueblo de Dios. Queremos representaciones de todas las parroquias. Si no pueden venir los párrocos, manden, por favor, una pequeña representación de sus parroquias para que al salir de la misa puedan llevar también las anforitas de los santos óleos con que en las parroquias, en signo de unidad con la catedral, se administre el bautismo, la confirmación, la unión de enfermos, etcétera. Ese es un acto que yo les suplico tomarlo muy en el corazón, el Jueves Santo a las 9:00 de la mañana. Y el otro, de manera muy especial a los jóvenes, el Sábado Santo a las 7:30 de la noche, aquí en catedral, la resurrección de Cristo. Para mí, estos dos actos marcan lo más profundo y más bello de la espiritualidad de la Semana Santa. A celebrar la unidad de nuestra Iglesia en torno de los pastores y a celebrar la resurrección de Cristo como un canto de victoria y de esperanza en el Señor.

Queridos hermanos, aunque estamos viviendo como en un callejón sin salida, no desesperemos. En la palabra bíblica de Isaías, un poco antes de la lectura que se ha hecho hoy, dice Dios al pueblo: ¿por qué desconfías?, ¿que acaso se ha acortado mi mano para darle bendiciones?, ¿que acaso no tengo energías para salvarte? Hermanos, respondamos a esas preguntas de Dios con un acto de fe y de esperanza. Sí, Señor, nosotros creemos que tú eres el Redentor y por eso hemos aclamado hoy con la alegría de los que te han recibido: “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, hosanna en los cielos!”.

Vamos a proseguir ahora nuestra eucaristía donde vamos a poner en el altar de Cristo todas nuestras esperanzas y nuestros buenos deseos de celebrar una Semana Santa digna de nuestra fe.

Is 50, 2

Mt 21, 9